

Rescate poesía. Una experiencia al sur de todos los puentes



Ana Gómez (UBA/UNM)

A los poetas barriales, que me dejaron girando sobre mí misma, buscando la metáfora de tremendas literalidades.

A callejear

*Con diez centavos
y un billete de cinco
que ya no sirve.*

Joaquín Gómez (2019)

El desafío que se me imponía en esa nueva propuesta laboral como trabajadora social era parecido a los anteriores: entender un programa, sus objetivos, su población destinataria; incorporar una metodología y conocer un territorio. En este caso se trataba de acompañar a un grupo de jóvenes en la concreción de sus metas, la resolución de sus necesidades, la construcción de habilidades, la organización de sus tiempos y el uso de sus recursos. Cuestiones que en los discursos del trabajo social aparecen muy nombradas cuando se apela al desarrollo de la autonomía y los “proyectos de vida”.

Se trata de una política social dirigida a jóvenes que egresaban de centros cerrados del régimen penal juvenil donde hubieran cumplido una condena, de hogares convivenciales donde hubieran crecido por no contar con redes de cuidado parental o de comunidades terapéuticas donde hubieran realizado un tratamiento por consumo problemático de sustancias. Todo esto en un municipio de la zona sur del Conurbano Bonaerense, entre los años 2018 y 2020.

Escuché con atención, y varias veces, cuál debía ser el sentido de mi tarea: “Tenés que acompañarlos, que estudien, que trabajen, que se formen en algún oficio, que puedan generarse ingresos, independizarse...” y asumiendo el tamaño del desafío, con pocas certezas y muchas ganas, me dispuse a la experiencia.

Para lograr conocer a esos pibes,¹ la primera tarea era “salir a callejear”, algo me decía que poco o nada íbamos a lograr citándolos para entrevistarlos en una oficina o esperándolos en un espacio institucional. Eso hicimos con mis compañeros de equipo: salimos a su encuentro, en sus barrios, en sus casas, en la plaza, en la comunidad terapéutica o en el hogar donde algunos vivían. El objetivo implícito era desestructurar los modos de relacionarnos para lograr mayor cercanía.

Intentar que algo de mi presencia les sirviera para acercarse a un recurso, para acceder a algún espacio de participación, para encontrar una actividad que les resultase significativa, para resolver una dificultad, al menos por un rato, era una tarea que cotidianamente me exigía superar distancias, poner el cuerpo al lado, desarmar prejuicios y temores, flexibilizar los bordes de mi propia experiencia para dejarme habitar por otros modos de ser en el mundo.

Muchas veces me invadía la sensación de pelear contra el sinsentido, intentando torcer destinos con muy poco o casi nada que ofrecer, mientras transitaba el dilema de confiar en esos pibes que, para una parte considerable de la población, expresaban una *nueva barbarie* (Gómez, 2020). De alguna manera, se trataba de ir a contracorriente de un discurso mediático muy influyente que ubicaba a estos jóvenes en el lugar del chivo expiatorio, ya sea por tener piel morena, por pertenecer a los sectores populares, por vivir en conurbanos o barrios periféricos, por no contar con credenciales educativas acordes a su edad ni con experiencias estables en puestos de trabajo valorados socialmente. Esto me entrenaba en el ejercicio cotidiano de pensar que los brevísimos logros eran pasos hacia un lugar menos hostil.

Los pibes acumulaban desventajas sociales (Saraví, 2006) como quien sacó todos los números en el gran sorteo de las consecuencias del neoliberalismo: trabajos precarios combinados con períodos de desempleo –lo que ponían en sus palabras en términos de *ni una changa*–, trayectorias escolares que tropezaban entre repitencias, falta de interés por el formato escolar, métodos de enseñanza ineficaces, abandonos, cambios de escuelas, malas experiencias en las instituciones. También cargaban con historias familiares dolorosas y sus cuerpos sabían de exposición a los riesgos, de esas que hacen a la sobrevivencia en territorios hostiles atravesados por violencias de todo tipo.

¹ A los que me referiré en masculino, no por desdibujar el peso de lo femenino a través del lenguaje, sino porque en la experiencia que relataré no participaron mujeres.

Combinar estas variables con el objetivo de construir un “proyecto de vida autónomo” resultaba algo difícil, ingenuo, forzado. Sin embargo, la responsabilidad era clara: aportar algo a ese objetivo, aun a sabiendas de que mi acompañamiento sería transitorio, en el marco de una nueva política destinada a las juventudes que se apoyaba en un equipo frágil de contratación siempre precaria.

Primeros papelitos

En eso estaba (estábamos, con mis compañeros de trabajo), gestionando turnos en el sistema de salud, tramitando vacantes en escuelas de adultos, completando currículums para repartir, presentándonos a firmar en los juzgados para dar cuenta del cumplimiento de las pautas de conducta exigidas por los jueces, buscando cursos de formación profesional; en el mientras tanto nos conocíamos, construíamos vínculos, conversábamos, compartíamos visiones de la vida, nos contábamos anécdotas, exagerábamos valentías, chamuyábamos relatos propios y ajenos. Todo esto ocurría en general a la “hora de la siesta” entre el mediodía y las cinco de la tarde, caminando una calle, sentados en el umbral de una casa, tomando mate al borde del riachuelo, en el patio de un hogar convivencial, en alguna placita o esquina de algún barrio.

Fueron justamente esas callejeadas, esos momentos compartidos, los que fueron dando lugar al lenguaje. De a poco fui metiéndome en sus formas de hablar, en las palabras usadas, en los silencios y sonrisas. Me gustaba escuchar cómo contaban, cómo ordenaban el entusiasmo en descripciones que usaban un conjunto acotado de vocablos, pero que daban cuenta de imágenes llenas de detalles.

Un día se me ocurrió –escuchando a Pedro relatar un juego de su infancia– que lo dejáramos por escrito. Él me iba contando y yo anotaba. Pero como no llegaba a escribir a la velocidad de su voz, iban quedando espacios en blanco en mi escritura. Entonces le propuse que llenáramos esos vacíos con ideas fantásticas, cosas que trascendieran la razón y mezclaran la imaginación, el recuerdo y la exageración. Así surgió un primer texto, llamado “La lata”, en referencia un juego que se jugaba con una pelota en la calle:

El juego que más me gustaba era La Lata. Se ponía la pelota en el medio de la calle. Salíamos todos los pibes del barrio. Pero cuando digo todos eran todos (sonrisa, sonrisa). En esos tiempos en el barrio el que hacía menos jueguitos con la pelota la quedaba. Imaginate que si éramos todos los que teníamos que hacer jueguitos, y si cada uno hacía, más o menos diez, quince, porque éramos guachines no como ahora que puedo llegar a hacer cien (sonrisa, sonrisa). Entonces el que hacía menos jueguitos la quedaba y tenía que ir a buscar la pelota después de que alguno le diera un buen pelotazo como para mandarla lo más lejos posible. El Seba tenía unas zapatillas de esas que le daban en la escuela, parecidas a las topper pero “marca escuela”, azules y blancas, bien viejas, como para hacerte mierda los dedos si le pegabas con toda tu fuerza... ¿y que hizo Seba?: le dio con todo. La pelota salió en su viaje celestial cruzando los techos de todas las casas, del kiosco del Ale, la casa de Poroto y terrazas y terrazas y terrazas, hasta que la vimos pasar como por un arco, un altar... y nunca nunca nunca la vimos regresar (Pedro y Ana).

Otro día hicimos lo mismo con Jorge y otro día con Diego. En el primer caso contamos la historia de un niño queriendo entrar a un baile y en el segundo caso, escribimos sobre un encuentro de amor, con la novedad de que le propuse a Diego que, al final, integráramos un poema de Oliverio Girondo.

Estaba allá en el baile, en Santa Elena, Entre Ríos. No me dejaban pasar porque tenía 12 años... entonces tenía que saltar una parecita que medía más o menos 5 metros o como la altura de tres Juanes parados uno encima del otro. Caía en un piso que era de piedras de punta con vidrio molido. Y me escondía en el baño de mujeres. Ese día, estando escondido, se me ocurrió una obra de ingeniería: yo tenía una llave que abría todas las puertas: el baño de mujeres, el baño de varones y un depósito donde se guardaban cosas perdidas como perlitas de plata, gomeras y lavandina. En un rincón vi que estaba lleno de tablas de surf apiladas. Entonces las crucé arriba de una viga, logrando armar un entrepiso y me quedé ahí callado y meditando... ¿Estaba Micaela en el baile?... Me respondí solo: “Seguro está, porque tiene 13 y la dejan pasar y a esa altura de la noche seguro ya está bailando con un buitre”. De pronto escucho que se abre la puerta del baño y entra Micaela. Lo único que pude pensar es algo que sigo recordando hasta el día de hoy: “el baño no es el lugar del amor” (Jorge y Ana).

Ustedes no lo van a poder creer... Era un día de muchísimo calor, calor mal, yo estaba con mi amigo, el Héctor (en realidad él quiere que lo llame el bacán, pero se llama Héctor) Teníamos la casa (de él) para nosotros solos... entonces me dice “yo voy a llamar a mi guacha así que si querés vos llamá a la tuya”. Yo no tenía el teléfono, porque me lo había olvidado en el balcón de la casa rosada, donde había ido hacía media hora a llevar el último delivery (un sobre y una botella de Fernet para el despacho del presidente). De pronto sentimos que dos voces de mujeres entraban a la casa y subían la escalera. No era ni la guacha de mi amigo ni la amiga de la guacha de mi amigo, eran dos compas que parecía que andaban con un buen día, por cómo se reían. No valían mucho, como que no te mostraban “un mundo diferente”. Corte una se me acerca y me empieza a aplicar mafia “qué onda, pichón ¿vas para adelante vos?” A mí, la verdad, no me daban ganas de ir para adelante, menos si no me iban a mostrar un mundo diferente, pero, como pichón no soy, fui para el frente. Con la luz prendida y una pared con un hueco sin ventana ni cortina, me puse a hacer mi trabajo... de a poco fuimos entrando en ese país de los besos donde las cosas se ordenan “abajo y arriba”. De pronto la piba me dice “¿esto era ir para adelante?”... A mí me vinieron unas ganas bárbaras de decirle que en el mundo de abajo y arriba nunca hubiera querido llevarla a mi pieza sin ventana, pero como estaba decidido a dejar de ser un pichón, la miré a los ojos y le recité Oliverio Girondo:

“Que los ruidos te perforen los dientes, como una lima de dentista, y la memoria se te llene de herrumbre, de olores descompuestos y de palabras rotas. Que te crezca, en cada uno de los poros, una pata de araña; que sólo puedas alimentarte de barajas usadas y que el sueño te reduzca, como una aplanadora, al espesor de tu retrato. Que al salir a la calle, hasta los faroles te corran a patadas; que un fanatismo irresistible te obligue a prosternarte ante los tachos de basura y que todos los habitantes de la ciudad te confundan con un meadero. Que cuando quieras decir: ‘Mi amor’, digas: ‘Pescado frito’; que tus manos intenten estrangularte a cada rato, y que en vez de tirar el cigarrillo, seas tú el que te arrojes en las salivaderas. Que tu mujer te engañe hasta con los buzones; que al acostarse junto a ti, se metamorfosee en sanguijuela, y que después de parir un cuervo, alumbré una llave inglesa. Que tu familia se divierta

en deformarte el esqueleto, para que los espejos, al mirarte, se suiciden de repugnancia; que tu único entretenimiento consista en instalarte en la sala de espera de los dentistas, disfrazado de cocodrilo, y que te enamores, tan locamente, de una caja de hierro, que no puedas dejar, ni un solo instante, de lamerle la cerradura” (Diego y Ana).

Fueron los tres primeros textos, breves, fantásticos, como solía ser el relato de sus anécdotas cuando se les daba piola para que se expresaran. La palabra estaba, se hilaba con imágenes de sus infancias, eran como ventanas “sin vidrios ni cortinas” que se abrían hacia un lugar más claro. Una sensación me decía que allí había una potencia, algo con capacidad de desarrollarse en un sentido. Hoy puedo pensarlo en los términos en los que lo expresa Esteban Rodríguez Alzueta, en “Despojos y adornos”:

Una de las estrategias para hacer frente al despojo es la palabra. [...] A veces las palabras no tienen necesidad de escribirse. Alcanza con pronunciarlas, hablarlas con el cuerpo, gesticularlas, masticarlas. Porque son palabras viscerales, palabras, muchas veces, inaudibles, llenas de onomatopeyas y vocales que las alargan; palabras intensas o secas, porque son palabras que no tienen tiempo para habitarlas o respirarlas, palabras que queman y conviene soltarlas rápidamente como buscapiés; clises que van cementando la vida cotidiana, secretando afectos, tejiendo vínculos, tramando amistades o camaraderías estratégicas (Rodríguez Alzueta, 2018).

Por mi parte, venía hacía rato con mi propio *berretín*,² buscando en la poesía un lugar distinto, donde poder expresar una parte de mí que no lograba canalizarse a partir de otros lenguajes. Venía sintiendo que en la escritura poética podía descansar de otros discursos y reinventar una identidad. Y en la necesidad de integrar mis distintos planos de actividad, avanzaba la idea de compartir lo que me pasaba con la poesía con los pibes y las pibas con las que trabajaba como trabajadora social.

Se me ocurría que en ese espacio fantasioso que abría la literatura podíamos caminar con mayor soltura y comodidad que lo que nos permitían los códigos del barrio, los pasillos de los juzgados, las salas de espera de los centros de salud y otros espacios institucionales que referenciaban sanciones, necesidades, responsabilidades y deberes.

En un principio buscaba escribir en poemas propios sensaciones e imágenes de mis encuentros con los pibes. Y eso, de por sí, me calmaba la ansiedad de tener algo que quería decir, compartir con el mundo, dejar por escrito. Así fue que llegué a mi poemario “Pibxs Rot@s” que expresaba un punto de encuentro con juventudes lastimadas. Pero con el correr del tiempo iba sintiendo una necesidad mayor: pasar de escribir sobre ellos a escribir con ellos. Allí planté una inquietud, que con el tiempo daría sus frutos.

Proponerles escribir poesía, así sin más, era como decirles si querían ir a pasear a la luna y volver: no tenía sentido, seguramente no les iba a interesar. Tenía que encontrar el modo en que lo hiciéramos

2 Mi capricho, mi deseo.

indirectamente, como quien no quiere la cosa y que algo de eso les generara placer, a fin de poder, entonces sí, reconocer en la escritura poética una acción posible de la vida cotidiana. Aun sin utilidad, despojada de cualquier sentido práctico, y a sabiendas de lo importante que es este sentido en vidas abocadas a sobrevivir y sobrellevar la dificultad. Yo estaba convencida de que la poesía podía resultarles un instrumento con el que lograr decir otra cosa sobre ellos mismos. Allí tal vez residía la potencia de trabajar sobre el lenguaje poético, en la capacidad de ampliar el margen de la construcción identitaria, para que además de asumir discursos externos que hablaban de ellos, fueran ellos mismos quienes pudieran autodefinirse con mayores herramientas discursivas. Tal vez la poesía podía hacerlos hablar más allá de las presentaciones que circulaban en expedientes judiciales, diagnósticos médicos, currículos vitae, boletines de escuelas. Podía permitirles autopresentarse ante el mundo desde un registro de libertad poco explorado por muchos de ellos, ese permiso hermoso de la literatura donde no hay que medir verdades y mentiras. Se me ocurría que, tal vez, la escritura poética podía ser un arma de defensa en el campo de batalla de los discursos judiciales, políticos, mediáticos, tumberos, barriales; una herramienta para nombrar lo difícil, para usar la sutileza, la no literalidad, la metáfora; una posibilidad de alivio, una licencia para canalizar la brutalidad con que se presentaba el mundo cercano.

Descolocada frente a las exigencias de la comunicación inmediata donde el lenguaje es instrumento para algo que sucede fuera, la lengua poética, la poesía misma, adquiere apariencia de distracción, de ineficacia. Despreocupada de las preguntas básicas, pero obvias como preguntas, a las que responden los mensajes transmisores de información, la poesía enmudece, apenas responde [...] Escribir poesía es negar el lenguaje como maquinaria que se coloca en piloto automático e impide acercarse a la compleja singularidad que plantea la experiencia con lo real [...] La poesía desecha, o trabaja como inversión irónica, aquello que actúa normativizando la realidad dentro de casilleros donde el mundo es apenas algo más que lo de siempre. Lo poético exige como registro el descondicionamiento del lenguaje de los usos instrumentales habituales en la comunicación (Genovese, 2011).

Un camino hacia “el aire”

En el esfuerzo por encontrar un espacio distinto para Lautaro, un espacio donde desplegar algo del orden del deseo, una actividad que le entusiasmara, que se saliera de la lógica del cumplir para otros, que le diera un registro de placer, llegamos al Centro Cultural Patas Arriba, un espacio gestionado por un grupo de militantes de la cultura popular, jóvenes, comprometidos con la democratización del arte y la comunicación. Ellos nos abrieron las puertas de par en par, sin preguntar mucho y confiando en que era una buena idea acercar a los pibes a ese espacio. A Lautaro le entusias mó conocer el estudio de radio que allí funcionaba y enseguida nos permitieron probar el sonido. Hablamos por los micrófonos y nos escuchamos por los auriculares. Solo eso nos puso un minuto fuera del tiempo, a habitar un espacio diferente, a oír distinta nuestra propia voz.

Esa tarde me fui pensando que el desafío abstracto podía empezar a encontrar algún espacio concreto. Tal vez, un estudio de radio pudiera ser un escenario distinto a los que habíamos transitado hasta

el momento. Esto implicaba pensar una propuesta, planificarla, apostar a ella. Eso hicimos con mis compañeros sin saber mucho del tema y desconfiando de nuestra capacidad de convencer a los pibes para que se sumaran. En este tipo de trabajos, se suele hacer uso de cierta impunidad frente al fracaso que da la idea de lo “perdido por perdido”, tal vez por eso uno propone cosas que sin muchos pies ni cabezas empiezan, y nadie sabe dónde pueden terminar.

La radio abrió un nuevo contexto en el que desarrollar nuestras relaciones. El lugar, abierto y amigable, nos permitía un estar relajado a la vez que nos hacía sentir, en su tácito encuadre, la responsabilidad de cuidar un espacio que expresaba en todos sus rincones el fruto de un esfuerzo colectivo y a pulmón.

Las tardes que empezamos a pasar en la radio nos invitaban a movernos con mayor soltura, a conversar desde otro registro, como si de pronto tuviéramos un objetivo común que nos emparejaba. Aun cuando fuimos nosotros los impulsores de ese espacio y aun cuando la participación de los pibes no fuera del todo libre, ya que respondían en el marco de la política que de alguna forma los asistía con un acompañamiento profesional y el otorgamiento de una beca, lo cierto es que tampoco participar del programa de radio era la única forma de estar incluido ni de cumplir con los compromisos que se les exigían. Así y todo, iban, estaban, sostenían.

Así, podríamos pensar en la radio como contexto, en tanto recorte témporoespacial, constituido y constitutivo de prácticas y significados, que a su vez está relacionado con otras condiciones témporoespaciales (Achili, 2013).

Cuando Diego decía que en la radio no podían hablar como lo hacían habitualmente, sino que debían hablar bien –“como hablan ustedes”– hacía referencia a ese cuidado que ponía en las palabras que elegía utilizar y las que no, pero también se refería a los temas, a las formas corporales del lenguaje, a la identidad desde la cual se sentía autorizado a participar de ese contexto, constituido por las prácticas y experiencias de los sujetos que intervenían (Achili, 2013).

Si, como dice el autor citado, el contexto no es solo lo que está allí presente sino las huellas del pasado, podríamos pensar que en esa radio comunitaria habitaba una idea de recuperación de lo público, de resignificación del territorio, una apuesta colectiva a la cultura popular, y en ese sentido, quienes participaban lo hacían asumiendo cierto compromiso, como si se obtuviera una licencia para ser escuchado por otros. El contexto no era solamente ese lugar y tiempo específico en el que nosotros permanecíamos, sino que estaba cargado de historia y era constituyente de un futuro posible.

Recuerdo un mediodía, en el que estábamos sentados alrededor de la mesa donde preparábamos el programa. En la pared del estudio de radio estaba pintado Rodolfo Walsh. Le pregunté a Lucas si sabía quién era y me respondió que no. Se me ocurrió contarle brevemente algo de la historia, de su compromiso con la verdad, de su denuncia temprana respecto de lo que la dictadura planeaba para el país en el mediano y largo plazo, y de su desaparición y muerte, como respuesta de corto plazo. Lucas me dijo que no sabía qué era la dictadura y yo entendí ahí mismo que estar aprendiendo a leer y escribir a los 20 años, después de haber estado privado de la libertad en varias oportunidades, era una respuesta valiente a ese proyecto que se vino a instalar en la Argentina del 76 y nos modificó para siempre.

El programa se llamó Tarea Fina, nombre propuesto por mi compañero Juan, que le calzó al dedillo, toda vez que significó una delicada apuesta por el sentido, que no tenía resultados pronto ni seguros, pero que solo podía tenerlos si lográbamos sostener el espacio más allá de faltas, ausencias y fragilidades de todo tipo.

La palabra escrita no era una condición de partida en todos los casos. Lucas nos supo explicar, a su tiempo y a su modo, que aún no había comprendido la cursiva. Y nos compartió con orgullo que fue gracias a una maestra de una escuela primaria de adultos que se le puso al lado convencida de que él podía, que por fin había aprendido a leer en imprenta.

Lucas era una presencia que hacía la diferencia en el programa de radio. Traía una picardía en la mirada que sumaba alegría y vericuetos a la palabra compartida. Estando solo parecía retraído y silencioso; de hecho, nos había costado su apertura cuando quisimos conocerlo un tiempo antes de su última caída. Sin embargo, cuando entraba en relación con otros, rápidamente podía sumarse, y cuando se trataba de escribir entre todos, aportaba con pertinencia y oportunidad. Es que

la literacidad no reside ni en la mente de las personas ni en los textos, es social de principio a fin y se localiza en redes de interacción. En particular, la literatura, la *intensidad* de la palabra poética (Andruetto, 2015), pareciera generar condiciones singulares a la hora de la apropiación de la lectura y la escritura, la reconfiguración de las subjetividades y la reconstrucción del lazo social.³

Elegir qué leer, qué escribir, resultaba una tarea en sí misma. Al principio, con mi compañero Juan, seleccionamos textos que tenían alguna relación con las experiencias de vida de los pibes. Poesía escrita por jóvenes, varones, habitantes del Conurbano Bonaerense. Pero no siempre esto les atrajo. En algún momento incluso, este tipo de literatura fue rechazada con observaciones tales como “esos no son poetas de verdad”, lo que dio lugar a charlar sobre qué significaba ser “poeta de verdad” y entonces aparecía un razonamiento vinculado con el tipo de palabras que, a su modo de ver, se podían usar en la poesía y aquellas que debían dejarse afuera. También experimentamos la tendencia de compartir textos con contenido social, poemas que denunciaran la injusticia, letras que evidenciaban que el mundo era un lugar bastante hostil para los que compartían “ese lado”. Ante esto, también nos encontramos con la disconformidad. Al término de un programa, Gabriel nos dijo que él no quería sentir que siempre que leíamos o escribíamos algo pareciera que estábamos enojados o contra otros. Él no quería sentir que se estaba defendiendo de la mirada de unos otros que aparecían como enemigos invisibles a los que había que responderles. Ese día me fui pensando en mi propia torpeza, en la dificultad de una tarea que estaba emprendiendo sin estar capacitada para hacerla. Me sentí sin preparación para seleccionar material o generar dinámicas de escritura. Ese mismo día llamé a mi amiga Isabel, que sabe mucho de literatura y de poesía, y le pedí que me prestara algunos textos para compartir en la radio

3 Salvini G. y Frugoni, S. (2019). Programa seminario “Literaturas del encierro. La lectura y la escritura como modos de habitar la cárcel”, UNSAM.

con los pibes. A los días tenía su bolsita de fotocopias con poemas hermosísimos que fui llevando de a poco, para salir del registro que le estábamos dando a la lectura, prejuizando que debía ser simple, callejera, entendible, a tono con la experiencia vital de los pibes.

La reflexión de Gabriel me interpeló, por qué no habíamos empezado por versos lejanos, distintos, que pudieran emocionarnos tanto por su extrañeza como por la evidencia de que, en el fondo, más allá de los contextos donde transitábamos nuestras experiencias singulares, todos teníamos las mismas fibras sensibles que rondaban en torno del dolor, el amor, las ganas de vivir, la seducción de la muerte, el extrañamiento, la soledad, la incompreensión, la felicidad.

Resulta significativo al respecto, el aporte de Mirta Gloria Fernández, en “Apropiación de la poesía” (Fernández, 2014) cuando reflexiona respecto de las marcas de enunciación de las fuentes y cómo a partir de determinados poemas se puede provocar que los lectores/escritores hablen reiteradamente de su propio conflicto, mientras que resulta interesante también observar cómo resuelven la escritura prescindiendo del yo.

Un ejemplo inverso podría ser aquella tarde en que llegué muy sobre la hora de comienzo del programa. Venía de un trabajo a varios kilómetros de distancia y habíamos acordado con mi compañero Leo que avanzarían en la producción del contenido y yo me sumaría cuando llegara. Los encontré charlando entre risas incómodas sobre su no aceptación de la homosexualidad, compartían un sentimiento de rechazo por aquellos/as que tenían una orientación sexual por personas de su mismo género. No supe cómo acomodarme a esa mesa, quería decir que no estaba de acuerdo con que fuera la hora del programa y no estuviéramos “al aire”, pero además quería decir que me daba rechazo su rechazo y quería solucionar algo para no perder el tiempo valioso de cada viernes. Y fue así que se me ocurrió decir que entráramos al estudio e improvisáramos y una vez al aire leí el poema de Patricia Vergara Sánchez “Soy india”, que empieza diciendo:

Soy india
morena
chata de la cara
en un país
obsesivamente racista
Soy Lesbiana
en una nación
que compulsivamente
me persigue
Insisto
en la libertad de decidir sobre mi cuerpo
en territorio
de quienes realizan leyes
que buscan doblegarme (Vergara Sánchez, 2016).

Una vez más la poesía me servía para decir lo que sentía, prescindiendo de otros órdenes del lenguaje que me resultaban agotados en el breve momento de mi incorporación a la discusión. Gabriel se emocionó. Se notaba su mirada perdida y brillante en la escucha, y me lo dijo cuando terminó el programa.

Leer, o escuchar leer en voz alta, sirve para abrir esos espacios, todavía más a aquellos que no disponen de ningún territorio personal. En contextos violentos, una parte de ellos escapa a la ley del lugar, se abre un margen de maniobra [...] Allí donde la experiencia de la lectura es quizá irremplazable, es cuando abre los ojos y suscita ese pensamiento vivo, en movimiento, cuando trae ideas, sugiere acercamientos insólitos, inspira, despierta. Lo que constituye su recompensa son esos momentos en los que las palabras surgen, en los que se tejen lazos, en los que somos como fecundados (Petit, 2015).

Rescatate poesía

*Una gotita de aire
en un vaso
roto de agua.*

Joaquín Gómez (2019)

Con el correr de los meses fue ocurriendo el milagro de poder mirar para atrás y ver que habíamos hecho un recorrido. Tardes y tardes en la radio nos habían puesto a leer, a conocer autores, a escribir juntos, a prestarnos libros.

Aun cuando también, muchas veces, sentía que me tocaba jugar un papel de insistencia que me hacía dudar de que todo aquello funcionara solo porque yo lo estuviera empujando con los dos brazos y en subida: viernes y viernes en los que no aparecía ninguno, o que llegaban tarde, que no traían ninguna idea para el programa. Recuerdo una tarde puntual en la que casi dando por perdida la tarea, porque no se armaba ninguna programación posible, Esteban, siempre callado y debajo de su gorra, me dijo que él sí había escrito algo y me estiró el brazo para darme un papelito doblado y arrugado donde traía su poema, uno de los poemas centrales que hoy contiene el poemario *Rescatate poesía*. Hablaba de la villa, la describía de forma bien distinta a las presentaciones que suelen hacerse de esos territorios en los medios de comunicación y en los discursos que vertebran nuestro sentido común. Empezaba diciendo “Esto es lo que nadie contó, que en la villa vive el respeto, eso es verdad, se los digo yo, que viví en la villa, o vivo por el momento”.

La tarea no estaba perdida. La tarea estaba hecha. Y me era compartida escrita a mano en un papel bien guardado en un bolsillo. Entonces, a veces no serían mis tiempos los que definirían los tiempos de la escritura que se abría en los pibes a su modo. Aprendizaje necesario y urgente si quería caminar con ellos los caminos de su creatividad.

Por otra parte, recuerdo que cuando leí este poema, sentí que se trataba de un paisaje distinto al que podía haber descripto yo; conociendo el barrio donde vivía su autor, lo primero que me había pareci-

do era que no compartía todo lo que decía sobre las prácticas en su barrio. Sin embargo... ¿quién era yo para leer su descripción desde mis propios ojos? ¿Acaso cuando yo escribía un poema usaba criterios de racionalidad sobre los temas que abordaba? Allí tuve que frenar mi pensamiento para acordarme de que en la poesía no hay verdades ni mentiras, que no debía hacer nada más que leer lo que Esteban había escrito y disfrutarlo. Suerte que me llamé a la reflexión antes de cerrar mis posibilidades sensibles de hacer ese viaje y pude alegrarme de semejante papelito.

La literatura es ese discurso que, presente en el mundo, llega a tomar la palabra y a trabajar con “las palabras de la tribu” después de que los otros discursos hayan dicho lo que tenían para decir, sobre todo los discursos de certeza e identidad; ella es quien parece tener el poder de escucharlos, de repercutir sus ecos y de plantearles cuestionamientos al confrontarlos (Angenot, 2015).

Una sorpresa parecida tuve el día en que me llegó un mensaje al teléfono celular en plena madrugada: “Ana, te mando algo que escribí” y Gabriel me compartió unos versos que me dejaron de noche, aunque los leí de mañana. Escritos deliciosamente, reflejaban la mirada de alguien que observaba a un niño dormir en la calle. El poema traía un diálogo posible entre el autor y aquel niño: “Su sonrisa llena de picardía me dijo que lo cuide, su visera y su capucha que está en riesgo su espalda, que así como hace maldades todo vuelve, y que le lleve un abrigo si es que alguno me sobra”. Me emocionó mucho la lectura de esas líneas, sobre todo porque el autor sabía en cuerpo propio cómo era vivir en la calle.

Algo me decía que había tenido sentido apostar a la palabra. Que seguramente escribir no les solucionara problemas importantes que atravesaban sus cuerpos, pero que poder decir hacía más vivible la corporeidad. Porque nadie es solo sobrevivencia, todos buscamos de alguna manera dejar registro de quienes fuimos, hacer nuestra marca, señalar que pasamos. Algunos lo pintan con un aerosol en la pared, otros lo rapean. Algunos se lo cuentan a sus hijos, se lo exageran a su ranchada, se lo transmiten a un psicólogo, a un defensor o a un juez, pero todos contamos alguna vez quienes somos con nuestra propia voz. Yo creo que es hermoso que los versos de Lucas, Gabriel, Esteban, Sebastián y Martín hoy puedan estar editados e impresos en el poemario *Rescatate poesía* y que hayan sido “soltados al aire” en una radio comunitaria, al sur de todos los puentes. Y si nos preguntamos con María Teresa Andruetto, “¿qué le da al poema su fuerza, su durabilidad, su alojamiento en la memoria?”, nos podemos contestar con ella que

reside justamente ahí, en su capacidad de quedarse en nosotros, su triunfo sobre el caos, sobre la banalidad del mundo y de las cosas, su resistencia al paso del tiempo, su pequeña victoria ante lo efímero y lo fugaz. La intensidad hace a la poesía y nos permite diferenciarla de todos los otros modos de la palabra. En el poema, las palabras –más que en ninguna otra forma de lo oral o de lo escrito– dejan de ser funcionales a la construcción de una historia, se “olvidan” de ser útiles, se ponen a hacer “otra cosa”.

Cada buen poema es, entonces, un pequeño triunfo sobre el caos y también sobre lo plano, lo literal, lo cerrado, lo puramente racional y lo unívoco” (Andruetto, 2015).

Bibliografía

- Achilli, E. L. (2013). Investigación socioantropológica en educación. Para pensar la noción de contexto. En N. E. Elichiry (comp.) *Historia y vida cotidiana en educación*. Buenos Aires: Manantial.
- Andruetto, M. T. (2015). *Sobre la poesía*. Recuperado de <http://www.tuertorey.com.ar/php/autores.php?idAutor=57>
- Angenot, M. (2015). ¿Qué puede la literatura? Sociocrítica literaria y crítica del discurso social. *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital*, 4(7).
- Fernández, M. G. (2014). *Hurtar la palabra poética. Escritura, adolescencia y contextos de encierro*. Buenos Aires: El Hacedor.
- Genovese, A. (2011). *Leer poesía: lo leve, lo grave, lo opaco*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gómez, A. (2020). Jóvenes y pobres. La construcción de una nueva barbarie. *Revista Debate Público*, 19. Recuperado de <http://trabajosocial.sociales.uba.ar/revista-debate-publico-no-19/>
- Gómez, J. (2019). *Rescatate Poesía*. Buenos Aires: Morbonia.
- Petit, M. (2015). *Leer el mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez Alzueta, E. (2018). Despojos y adornos: golpes de realidad y escritura carcelaria. *Revista Cuestiones criminales*, 2, 263-280.
- Saraví, G. (2006, julio-diciembre). Biografías de exclusión: desventajas y juventud en Argentina. *Perfiles latinoamericanos*, 28, 83-116.
- Vergara Sánchez, P. (2016). *Poesía Insumisa I*. Villa Lugano: Cooperativa Gráfica La voz de la Mujer.